



Linares Barrones, Álvaro, *El viaje fragmentado del héroe. Su representación en la ficción televisiva Game of Thrones*. Madrid: Editorial Fragua, 2021, 222 pp., ISBN: 978-8470749315

Alicia Peis Castañeda

Universidad de Granada
linaresbarrones@hotmail.com

Cuánto de Jon Snow somos

En la historia del mundo, en las artes de la filosofía, la psicología y la antropología, siempre nos hemos referido al acontecimiento de estar vivos como parte de un todo que se canaliza en dos vertientes: lo bueno y lo malo. Sin embargo, la definición conceptual de ambas no las separa entre sí, sino que las acerca y las aleja, las serpentea en el espacio-tiempo y las hace, por tanto, cómplices absolutas la una de la otra y, en conclusión, estándar de la humanización.

El viaje fragmentado del héroe se antoja un manuscrito de análisis de la psiquis del ser humano. Una década más tarde del estreno del fenómeno mundial de *Game of Thrones*, Álvaro Linares Barrones irrumpe en nuestras vidas para hacernos reflexionar acerca del cuánto del acto de fe cinematográfico depo-

sitamos en esta fantástica serie como meros espectadores, y cuánto de verdad tiene en nuestro día a día el *backstory* del personaje de Ned Stark. Ned podría ser nuestro mejor amigo, confidente o amante y, sin lugar a dudas, estaríamos inequívocamente ante una persona dotada de todos los rasgos fundamentales para considerarse con absoluta verosimilitud, una individualidad corriente y moliente, con todo lo que eso conlleva.

Este planteamiento al que nos conduce el autor a lo largo del libro, no es más que la premisa anticipada de la rotura de la narrativa argumental a la que estamos acostumbrados y que podríamos defender por ende como narrativa clásica después de que la serie original de HBO haya desafiado los principios tanto argumentales como de clasificación de los diferentes personajes que han (hasta ahora algo preconcebido como un deber) de aparecer en las diferentes tramas de la estructura narrativa de cualquier obra audiovisual. El héroe y su viaje como protagonista, tal y como defendía Joseph Campbell, cambia de considerarse el único ser bueno y principal de todo un proyecto y se diversifica la encarnación de este rol de la trama principal y las subtramas, en varios personajes de los diferentes capítulos que conforman las temporadas de la serie.

Esta multiplicación de personajes protagonistas permiten al espectador identificarse con uno, con dos o con todos, con sus variadas actitudes y personalidades. Asimismo, el autor nos cuenta que, en la serie, como en la vida, los personajes van madurando conforme evolucionan las temporadas, así que el símil con el proceso de crecimiento del ser humano como tal, permite al espectador emocionarse con el dolor de Cersei Lannister por la pérdida de sus hijos, aunque sea una tirana, o empatizar con Jon Snow y su amor incondicional hacia Daenerys Targaryen, aunque esta perdiese la cabeza en el final. ¿Quién no ha perdido la cabeza por amor alguna vez, aunque supiese que esa persona no le iba a hacer bien? Sí, a Jon también le ocurre. Y es a este razonamiento mundano y sencillo al entendimiento, al que el autor quiere que lleguemos en *El viaje fragmentado del héroe*, donde tiene lugar una manifestación explícita del constante cambio al que estamos expuestos en la vida de manera irrevocable. Y esto, por tanto, afecta a la industria del cine y, por supuesto, a la creación de esta serie, que supo acercarse más al espectador, no tratándolo como un simple receptor, sino como parte e inspiración de los diferentes personajes.

Aplaudo la capacidad de sintetización que ha tenido el autor en este tomo, la inmejorable capacidad de adaptación a los lectores que ha demostrado a lo largo de las 218 páginas y al reconocimiento del más que palpable fanatismo al que nos ha sumergido casi sin quererlo. Este análisis es más que necesario; no lo es únicamente por habernos dado a conocer más la nueva posibilidad de romper con la narrativa argumental a la que hemos estado acostumbrados

como productores y consumidores de cine y series, sino para darnos cuenta de que nos encanta el hecho de poder vernos reflejados en pantalla, que nos alegre y que nos duela, a partes iguales, porque eso significa que estamos vivos. Y Jon lo sabe.